

Por grande que fuese la seriedad de los circunstantes, no fué posible contenerse al oír semejante apóstrofe, y soltaron todos una carcajada: el pobre marqués no pudo sustraerse de aquella desesperante hilaridad sino marchándose á todo correr.

CAPÍTULO III.

Fleury ministro de Estado. — Calma general en Europa. — Muertes. — El gran prior de Vandome. — Voltaire y Mr. de Rohán-Chabot. — El doctor Iser.

Al morir el cardenal Mazarino aconsejó á Luis XIV que no tuviese jamás primer ministro. Mr. de Fleury era sin duda de la misma opinión de Mazarino, porque aunque él lo fué después de la revolucioncilla que acabamos de contar, no se pudo más fácilmente hacerse nombrar en lugar del señor duque, se contentó con la entrada y el título de ministro de Estado.

Con la entrada ostensible de Mr. de Fleury en el poder, empezó para la Francia, y aun para la Europa, un período de paz menos parecido á la calma que á la atonía; los historiadores empezaron entonces á registrar una serie de hechos sin importancia, que parece que interrumpen la vida de la nación.

Ya es un temblor en tierra de Palermo, un incendio en el bosque de Fontainebleau, ya una aurora boreal en París, una peste en Constantinopla: después muertos.

La duquesa de Orleáns, princesa de Baden-Baden, muere de parto á la edad de veintiún años.

Sofía Dorotea, hija única de Jorge Guillermo, duque de Brunswick-Zelt, reina de la Gran Bretaña, muere en el palacio de Ahen.

El duque de Parma Francisco Farnesio, muere sin hijos á la edad de 49 años y le reemplaza su hermano.

Luis Armando de Borbón, príncipe de Conti, de quien hemos hablado más de una vez, muere á los 51 años de edad.

En fin, Mr. de Vendome, gran prior de Francia, muere de edad de 71 años.

Digamos algunas palabras acerca de este último, en quien quedó extinguida la raza de César de Vendome, hijo natural de Enrique IV y de Gabriela de Estrées, duquesa de Beaufort.

El gran prior era hermano del famoso duque de Vandome, que mostraba tan fácilmente la cara á sus enemigos y el trasero á sus amigos. Había empezado la carrera de las armas contra los turcos en Candia, á las órdenes de su tío; este héroe de la regencia de Ana de Austria, este rey de los mercados de la Fronda que se escapó de Vincennes para hacer su inútil expedición á Gigeli, é irse á morir de una manera tan misteriosa en Candia.

El gran prior no tenía más que 17 años cuando volvió de aquella cruzada; después se distinguió en la conquista de Holanda, y fué herido en la batalla de Marsella, y nombrado teniente general en 1695; sirvió con su hermano, y algunas veces á sus órdenes, hasta el año de 1705 solamente, tan valiente como él, menos perezoso y acaso más libertino.

En efecto, una mujer fué la causa de que no asistiese á la batalla de Casano, falta que le valió quedar en desgracia del rey; entonces se retiró á Roma, y pasó algunos años viajando. Furioso el rey por esta indiferencia, le amenazó con que le privaría de sus rentas: inmediatamente el gran prior las renunció por sí, sin reservarse más que una pensión; habiendo

sido hecho prisionero por los imperiales cuando atravesaba el país de los grisonos, no volvió á entrar en Francia hasta el año de 1712, esto es, el mismo año en que su hermano murió de indigestión en Vinaroz, en España.

De resultas de esta muerte quedó el gran prior de último de la casa de Vendome, que su hermano, el ilustre duque, jamás se había ocupado de perpetuar: en cuanto á él, desde su juventud había profesado en la orden de Malta, y por consiguiente no podía tener hijos.

En 1715 fué nombrado generalísimo de las fuerzas de su orden, con encargo de ir á defender á Malta, amenazada de un sitio por los turcos; pero el gran prior hizo un viaje inútil. Malta no fué sitiada, y volvió á acabar tranquilamente aquella admirable existencia que habia tenido siempre en su delicioso retiro del Temple.

Allí vivía rodeado de literatos que componían su sociedad habitual, Chaulieu y Lafare eran los convidados diarios, Voltaire le llamaba su alteza cancionera, y en una de estas reuniones se le escapó este dicho agudo:

— Somos todos príncipes, ó todos poetas.

El gran prior murió en medio de sus *templeros* (asistentes al Temple), como él llamaba á sus amigos, el 24 de enero de 1727.

Puesto que hemos pronunciado el nombre de Voltaire, digamos por qué motivo había dejado la Francia, y viajaba por la Inglaterra.

Hemos manifestado su familiaridad con el gran prior de Vendome, que era igual á la que tenia con Mr. de Conti, con el duque de Sully y con todo el mundo.

Cenando en casa de este último tuvo con Mad. de

30011

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

Rohán-Chabot aquella cuestión que le obligó á salir de Francia.

Mr. de Rohán emitía una opinión á que Voltaire se oponía con su acostumbrada libertad: sorprendido de verse contrariado de esta manera por una persona á quien no conocía, y que le pareció no era de los suyos, preguntó Mr. de Rohán con tono insolente, quién era aquel joven que tan alto hablaba.

— Un joven, respondió el poeta, que es el primero de su nombre, mientras que vos sois el último del vuestro.

El negocio se quedó así por entonces.

Pero ocho días después, hallándose Voltaire comiendo en casa del duque, le dijeron que un sujeto lo llamaba á la puerta para un negocio de importancia, con cuyo motivo bajó Voltaire.

Efectivamente, vió á la puerta un coche con la portezuela abierta y bajo el estribo en el que se propuso entrar; mas al mismo tiempo un hombre que estaba dentro del coche le aseguró y retuvo por el cuello, sin que pudiera defenderse, mientras otro hombre le sacudía con un palo.

Durante esta escena, Mr. de Rohán-Chabot estaba allí inmediato diciendo á voces á sus criados:

— No olvidéis que ese es Voltaire, no le deis en la cabeza, porque aun puede salir de ella algo bueno.

Este insulto duró hasta que Mr. de Rohán dijo: Ya basta.

Voltaire, hecho una furia, subió á casa de Mr. de Sully, suplicándole le ayudase á vengarse de un ultraje que recaía sobre él mismo, porque Voltaire era su huésped cuando le hicieron bajar. Mr. de Sully se negó á ello.

Voltaire se vengó borrando de la Henriada el nombre de su abuelo.

Al saber esta aventura, que pasaba en 1723, Mr. de Conti dijo:

— He aquí unos garrotazos bien recibidos; pero mal dados.

Entretanto Voltaire había resuelto vengarse; se encerró en su casa durante tres meses, y durante ellos aprendió al mismo tiempo la esgrima y el inglés; aquella para batirse con Mr. de Rohán, y el inglés para vivir en Inglaterra cuando se hubiese batido.

Al cabo de tres meses citó al caballero de Rohán-Chabot, en términos que no permitían á éste excusarse.

Fué aceptado el duelo, y los testigos aplazaron el día para efectuarlo; pero la familia de Rohán entretanto dió pasos cerca del duque, pidiendo la prisión de Voltaire, á que en un principio no accedió aquél; mas los que la promovían insistieron tenazmente y presentaron al principe una cuarteta de la mano y pluma de Voltaire, en la que éste atacaba al señor duque y hacia una declaración á Mad. de Prie.

Preso Voltaire fué conducido por segunda vez á la Bastilla, donde estuvo seis meses.

El día mismo en que le pusieron en libertad, le intimaron la orden de salir de Francia.

Voltaire se hallaba, pues, en Inglaterra en aquella época, de modo que parecía tan dormido el teatro como la política, tan vacío como los acontecimientos.

Así es que la sociedad parisiense se ocupaba de dos aventuras bastante extrañas que acababan de verificarse, la una en Paris, y la otra en Villers-Cotterets.

Empecemos por Paris, al César lo que es del César. El doctor Iser, regente de la facultad de medicina, había recibido un billete convidándole á pasar, á las

seis de la tarde, á la calle del Pot-au-Fer, cerca del Luxemburgo.

En los medios de la calle, encontró á un hombre que le hizo señas indicándole que era él quien le esperaba. El doctor se apeó inmediatamente de su carruaje y siguió al desconocido, que le condujo á diez pasos del sitio en que le había detenido y llamó á una puerta.

Abrióse ésta, el desconocido hizo señas al doctor para que pasase primero, lo que éste obedeció; mas apenas lo efectuó, cuando se cerró la puerta detrás de él.

El doctor buscó á su guía, pero éste se había quedado en la calle.

Esta singular manera de obrar causó alguna sorpresa al doctor; pero entonces se presentó el conserje y le dijo:

— Suba Vd., señor, en el piso principal le están esperando á Vd.

Iser subió.

Habiendo llegado al primer piso, vió una puerta que tenía delante de sí, y habiéndola abierto se encontró en una antecámara colgada de blanco. Todavía no había vuelto en sí de la sorpresa que le había causado esta singular colgadura de finísima lana, cuando un lacayo vestido de blanco, peinado y empolvado, con una bolsa blanca y dos servilletas en la mano, le dijo que era necesario que se dejase limpiar los zapatos. Iser le contestó que era una precaución completamente inútil, porque él acababa de salir de su carruaje y no había mediado tiempo para ensuciarse; pero el lacayo no hizo caso de la observación, y respondiendo que reinaba el mayor aseó en aquella casa, hincó una rodilla en tierra delante del doctor y

le limpió los zapatos. Hecha esta operación, abrió el lacayo una puerta é hizo entrar al doctor en una segunda cámara colgada de blanco como la primera. Otro lacayo vestido como el primero, peinado y rizado como él, esperaba al doctor, recibéndole de manos de su compañero, y le condujo á una tercera cámara, blanca como las otras, y donde, como en las otras, todo era blanco, tapicería, camas, taburetes, sillas, canapés, mesas y suelo: cerca del fuego, recostada en una poltrona, estaba una grande figura blanca, con gorro de dormir blanco, bata blanca, y con un antifaz ó máscara blanca en la cara.

La gran figura, al divisar á Iser, hizo señas al lacayo para que se retirase.

El lacayo obedeció.

— Doctor, dijo la gran figura á Iser, prevengo á Vd. que tengo el diablo en el cuerpo, y se quedó callada.

Entonces Iser le preguntó para saber cómo había entrado el diablo en posesión, pero á todas las preguntas del doctor, la gran figura se mantuvo muda, y, como si hubiera sido sorda, se ocupó, sin prestar al doctor la menor atención, en ponerse y quitarse, unos después de otros, seis pares de guantes blancos que tenía sobre una mesa á su lado.

La singularidad de los objetos empezaba á obrar en el sistema nervioso del doctor; lo menos que podía sucederle, era el estar encerrado con un loco. El miedo empezó á apoderarse de él, y el miedo se aumentó aun más, cuando habiendo tendido la vista en derredor vió que la habitación estaba cubierta en diferentes sitios de fusiles y pistolas que, aun cuando pintados del mismo color que todo lo demás, no por eso dejaban de ser en realidad armas de fuego.

La impresión que este exámen produjo en el doctor obró tan vivamente, que tuvo que sentarse para no caerse.

En fin, haciendo un esfuerzo y dirigiéndose á la figura blanca:

— Espero vuestras órdenes, le dijo, y os suplico me las comunicuéis lo más pronto que sea posible, mediante á que mi tiempo es del público.

— ¿Qué importa vuestro tiempo, respondió la figura blanca, con tal de que se os pague bien?

No había que responder á esto, y por lo tanto el doctor no respondió nada, y esperó el beneplácito de la figura blanca.

Un nuevo cuarto de hora trascurrió en un nuevo silencio.

Después la fantasma tiró de un cordón blanco, sonó una campanilla y se presentaron dos lacayos blancos.

— Dos vendas, dijo la figura blanca á los lacayos.

— ¿Se trata, pues, de una sangría? preguntó el doctor.

— Si, vais á sacarme cinco libras de sangre.

La sorpresa de Iser se redobló.

— ¿Quién os ha mandado semejante sangría? preguntó él á la fantasma.

— Yo, vamos, obedeced.

Los dos lacayos estaban allí, y no había que resistirse. Sacó Iser su estuche y se dispuso á satisfacer el extraño capricho del enfermo. Sin embargo, como la mano le temblaba mucho, prefirió hacerle la sangría mas bien en el pie que no en el brazo, en razón á ser más facil.

Se trajo cuanto era necesario para la operación: el fantasma blanco se quitó un par de medias de hilo

blanco muy fino, después otro, en seguida otro, y en fin, hasta seis pares.

El último cubria el más lindo pie del mundo, y al verlo el doctor empezó á creer que tenía que habérselas con una mujer.

Quiso hacer otra observación, mas la figura blanca tendió la pierna diciendo:

— ¡Sangrad!

Esta pierna era tan fina, tan delicada, tan aristocrática como el pie.

El doctor hizo la sangría; solamente á la segunda tacilla de sangre, el sangrado ó la sangrada se desvaneció.

Iser quiso aprovechar esta ocasión para quitarle la máscara con pretexto de que la diese el aire, pero los lacayos se opusieron.

Tendieron en el suelo al enfermo, y el doctor le vendó el pie durante el desmayo. Pasados algunos segundos, volvió en si la figura blanca y mandó que le calentasen la cama, lo cual se hizo al punto.

Entonces se acostó, y se retiraron los criados.

Iser se aproximó á la chimenea para limpiar su lanceta, y estaba entregado enteramente á esta operación cuando vió de repente en el espejo á la gran figura blanca que se levantaba, y que saltando á la cozcujita, en dos ó tres saltos se le acercó.

Por esta vez, creyó el doctor que en efecto se las había con el diablo, y trató de huir; pero no venia la fantasma con objeto de perseguirle, venia si para tomar de la mesa cinco escudos que le presentó, preguntándole si quedaba satisfecho.

Iser, que nada deseaba tanto como marcharse, respondió que quedaba muy contento.

— ¡Pues bien! dijo entonces la figura blanca, váyase Vd.

El doctor, á quien nada podía serle entonces más grato, no esperó á que se lo repitiese, y salió con bastante prisa.

En el cuarto inmediato á la alcoba se encontró con los lacayos que le acompañaron alumbrándole, y que en seguida se volvieron riéndose.

Iser, á quien se le acababa la paciencia, y que tenía menos miedo de los lacayos que de las fantasmas, les preguntó qué significaba aquella chanza.

— Señor, respondieron los lacayos, ¿tiene Vd. algún motivo para quejarse?

— Pero... dijo el doctor.

— ¿Le han pagado bien á Vd.?

— Sí.

— ¿Le han hecho á Vd. algún daño?

— No.

— ¡Pues bien! entonces, síganos Vd. y no diga nada, puesto que nada hay que decir.

Los dos lacayos acompañaron al doctor hasta su carruaje, para que no se pudiese decir que le hubiesen faltado á lo que exige la política.

Harto y aun sobrado tenía Iser para aquella noche. Mandó al cochero que le llevase á casa, resuelto á no contar á nadie lo que le había pasado. Pero al día siguiente fueron á su casa á preguntar cómo se hallaba de la sangría que había hecho el día antes. Él contó entonces la aventura, que, como dejamos dicho, se esparció por todo el mundo, dando margen á muchas conjeturas y causando grande ruido.

La segunda aventura había tenido un fin más trágico, y como el *Deus ex machina* de la antigüedad, había tenido que intervenir el rey en el desenlace.

Viajaba un caballero por el bosque de Villers-Cotterets acompañado de un criado, cuando repentinamente, en un recodo que formaba el camino, se vió detenido por un joven que, con un par de pistolas en la mano, le amenazó con que le levantaría la tapa de los sesos, si no le entregaba inmediatamente el dinero y alhajas que tenía. El caballero le entregó el bolsillo que contenía veinticinco luises, su reloj, que era de oro, con cadena y sello también de oro.

Creía que con esto estaba libre; pero el ladrón le quitó además sus dos caballos, habiéndole dejado á pie, y en libertad de continuar su camino ó de volverse á la población, de donde había salido hacia hora y media.

El caballero y su criado entraron en consulta, y entonces el caballero se acordó de que debía tener en aquellas inmediaciones un amigo que habitaba en una casa de campo. Era este amigo un bizarro oficial, con quien él había servido en los últimos años del reinado de Luis XIV.

Se orientó, y en efecto, al cabo de un cuarto de legua, halló la casa que buscaba.

El recibimiento fué franco y cordial. El caballero contó entonces su aventura, y su compañero de armas le ofreció, como él esperaba, caballos y dinero, y de cenar ante todo.

En el momento en que ambos amigos iban á sentarse á la mesa entró un joven.

El caballero ahogó un grito de sorpresa, reconociendo á su ladrón en el joven que acababa de entrar.

Pero el viajero quedó mucho más sorprendido todavía, cuando su amigo le presentó aquel joven como hijo suyo.

No aparentó el joven conocer á su huésped, le

saludó cortesmente, y cenó sin el menor embarazo.

Concluida la cena, solicitó el caballero retirarse á descansar. Su amigo le hizo acompañar al cuarto que le había destinado, y su criado se quedó con él, so pretexto de desnudarle.

No bien quedaron solos, cuando el criado dijo á su amo :

— ¡ Oh ! señor, nos encontramos en una madriguera de ladrones ; el hijo de la casa es el que nos ha robado, y he visto á nuestros dos caballos en la cuadra.

Pero en el recibimiento que el caballero del campo había hecho á su amigo había una cordialidad que no se limita, y en su acento una lealtad que es imposible fingir. El viajero había conocido todo esto. No vaciló, y dirigiéndose al cuarto de su amigo, á quien encontró ya acostado y dormido, le dijo que el hombre que le había robado cuatro horas antes era su hijo, que había estado indeciso mucho tiempo en decirle una cosa tan terrible ; pero que, en fin, había creído que en conciencia tenía obligación de revelarle un secreto que, cuando lo pensase, le revelaría la justicia de un modo terrible.

Fácil es el comprender cuán grande sería la desesperación del padre, que cayó inmediatamente desmayado ; pero recobrando pronto el conocimiento y la cólera, saltó de la cama y subió al cuarto de su hijo, á quien encontró dormido ó fingiendo dormir.

Encima de la mesa del joven estaban la bolsa, el reloj y sello de su amigo ; y al lado de estos objetos, las pistolas cómplices del delito.

Al ver tomar á su padre los diferentes efectos de que acabamos de hablar, se impuso el hijo en que su padre lo sabía todo, y quiso huir ; pero en el momento

en que saltó de la cama, tomó el padre una pistola, y al mismo tiempo que el joven pasaba por delante de él dirigiéndose hacia la puerta, salió el tiro.

El hijo, herido de muerte, cayó, lanzó un grito y expiró.

Al día siguiente, el caballero del campo marchó á Versalles, donde confesó al rey todo cuanto había pasado ; el rey no vaciló un momento, y concedió el perdón.

Pero el acontecimiento de que la capital se ocupó muy pronto para no ocuparse más que de él, fué la muerte del diácono Paris, y de los milagros que se obraban sobre su tumba.

Era Francisco Paris un pobre diácono, hijo de un consejero del parlamento de Paris, donde nació el 30 de junio de 1690. Semejante á San Agustín, había empezado bastante mal. Confiado por su madre, mujer piadosa, á los canónigos regulares de la congregación de Santa Genoveva, empezó por olvidar el leer ; después, sugerido por sus compañeros, resolvió una noche pegar fuego al colegio, con ayuda de una porción de materias combustibles que había reunido al intento. Aunque no llegó á consumarse este delito, el diácono Paris no se lo perdonó jamás ; y acaso fué una de las causas de la austeridad en que acabó sus días. En fin, vuelto á la casa paterna, confiado á un preceptor, con quien simpatizó, se aficionó al trabajo, y recuperó el tiempo que había perdido. Habiendo concluido sus estudios de humanidades y filosofía, entró en los benedictinos de San German-des-Prés, cuyos ejercicios solitarios y piadosos le agradaban. De allí entró en el seminario de San Magloire, donde se entregó al estudio del hebreo y del griego, queriendo leer los libros santos en sus originales. En sus momentos

perdidos se dedicaba á la enseñanza del catecismo, y compraba con su dinero los libros necesarios para la educación cristiana de los niños. Así es que su padre, que murió en 1714, teniéndole por loco, no le dejó más que la cuarta parte de sus bienes. Pero no era este el solo revés que debía sufrir el pobre apóstol. Law le obligó á recibir en papel un reembolso considerable, en que perdió más de la mitad. Todas estas desgracias financieras no impedían á Paris que se ocupase de teología. Se estaba en lo más fuerte de la famosa disputa sobre la bula *Unigenitus*. Paris, con el fuego que caracterizaba sus convicciones religiosas, no solamente apeló, sino que reapeló de la bula. Entonces fué cuando se le propuso para el curato de San Cosme; pero fué necesario transigir con su conciencia, y firmar el formulario que se exigía. Rehusó, pues, contentándose con la dignidad de diácono, que se le había conferido dos años antes. Entonces resolvió consagrarse al retiro, y estableció un nuevo Port-Royal, si le era posible. De consiguiente, se echó á buscar una soledad, cosa bastante difícil de hallar en las cercanías de Paris. Visitó el monte Valeriano, la Trapa, una ermita cerca de Melún, y acabó, en fin, por retirarse á una casita que aun se enseña hoy día, al principio del arrabal de San Marcelo. Allí fué donde estableció su Port-Royal, reuniendo consigo muchos eclesiásticos, aun más pobres que él, á quienes alimentaba con el resto de su patrimonio, mientras que él no vivía más que de su trabajo. Su salud había sido siempre endeble, y este trabajo incesante, acompañado de ayunos y penitencias, acabó de destruirla. Su convicción era que él padecía por el cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo, que él miraba como ultrajado por la bula *Unigenitus*.

Por exceso de humilde, y hallándose indigno de recibir el cuerpo de Nuestro Señor, estuvo una vez dos años sin comulgar. En fin, agobiado por la austeridad, cayó enfermo y recibió el viático, que le administró el cura de San Medardo; y murió el 1º de mayo de 1727, de edad de 57 años.

Por lo tanto, la reputación de santidad del diácono Paris era grande. Había mucho tiempo que no se habían hecho milagros, y se imaginó que después de los días de disolución por que se acababa de pasar, no pegarían mal algunos milagros.

A los cuatro días de sepultado el cadáver del diácono Paris, empezaron los milagros sobre su tumba.

Fué el primero un tal Lero, que llegó enfermo al cementerio de San Medardo, donde estaba enterrado el bienaventurado Paris, y que salió por su pie, dejando sus muletas sobre el sepulcro del santo. El tal sepulcro, formado con una gran piedra levantada á la altura de un pie, era el teatro ordinario de las piadosas evoluciones de sus devotos. Desde la mañana hasta la noche, se hallaba sitiada esta piedra por una multitud de gente que no cesaba de aumentarse, que acudían de veinte leguas á la redonda, para verla, tocarla y besarla. Los enfermos se acostaban sobre ella, y se sentían sobrecogidos inmediatamente por una agitación nerviosa, que con frecuencia degeneraba en convulsión. De esto provino el nombre de convulsionarios que dió el pueblo á los sectarios del diácono Paris. Los unos se torcían, se revolcaban en todos sentidos á manera de epilépticos; los otros se agitaban, se meneaban, saltaban y hacían cabriolas, como los que en otro tiempo se suponían atacados del mal de San Gui. Las mujeres proporcionaron naturalmente los primeros actores de aquella extraña come-

dia, que se representó sin interrupción, durante cinco años y medio, en el recinto del reducido cementerio de San Medardo. Al principio había seis ú ocho jóvenes histéricas que un clérigo de Troyes, llamado Vaillant, excitaba con sus predicaciones místicas; aun no se habían pasado cuatro meses, y ya contaba la obra de las convulsiones seiscientas personas entre hombres y mujeres.

Hecho un milagro, diez, veinte más se hicieron en el mismo escenario, á la vista de un pueblo dispuesto á creerlo todo, sin sujetar nada al juicio de la razón. Cada milagro levantaba un grito de sorpresa y de entusiasmo, que introducía la fe en todos los corazones. Los cojos andaban, los ciegos veían, los sordos oían, los moribundos revivían, y hay veinte testigos, abogados y médicos, que formaron proceso verbal de cada sesión milagrosa. Entre estos testigos, benévolos ó convencidos, se halla un tal Luis Baple Carré de Montgeron, consejero del parlamento de Paris, cuya vida entera va á consagrarse en adelante á la glorificación de los milagros del bienaventurado diácono; entre los corifeos activos de la secta convulsionaria se halla un ilustre táctico, un hombre consumado en el arte de la guerra, el caballero de Folard, el sabio comentador de Polibio.

Debía ser una singular representación la de aquellos movimientos causados por la gracia del santo; así es que la curiosidad purísima subió al más alto grado, y se iba, por vía de paseo, al cementerio de San Medardo, que era muy reducido para que pudiesen caber en él los actores y los espectadores.

La fe, por otra parte, hacía maravillosos progresos: se vendía una multitud de cruces, de medallas, de escapularios, que habían sido bendecidos sobre la

tumba del santo; se vendía tierra escogida preciosamente al derredor de aquella tumba; se vendían también millares de grabados y de libros jansenistas, que esparcían hasta en las provincias distantes el culto del diácono Paris, al mismo tiempo que las doctrinas del jansenismo.

Bien pronto se organizó la sociedad de los convulsionarios, y tomó proporciones colosales que inquietaban á la religión y al Estado. El clérigo Vaillant, cuyos discípulos se daban á sí mismos el nombre de *vaillantistas*, pretendía que él era el profeta Elias en persona, bajado expresamente del cielo, adonde fué conducido estando en la tierra; su teniente Juan Agustín Housset, se dió entonces naturalmente por el profeta Eliseo, y tuvo á su vez discípulos que se llamaron *eliseanos* ó *agustinianos*. Un tercer jefe de secta, Alejandro Darnaud, se hizo también profeta, y manifestó en alta voz que él era Enoc. Los tres profetas fueron encerrados uno tras otro en la Bastilla, donde el primero permaneció preso veintidós años, antes de ir á morir, siempre en calidad de preso, á la atalaya de Vincennes. Pero sus lecciones habían producido su fruto, y sus prosélitos apostaron á quiénes serían más extravagantes. Los agustinianos, en particular, pasaron los límites de la locura religiosa: ellos hacían procesiones nocturnas con una soga en el cuello y una antorcha en la mano; ellos se disponían por la disolución más excéntrica, á sufrir en la tierra el martirio, y á gozar del paraíso en el cielo.

Los convulsionarios se calificaban de *hermanos* y de *hermanas*: ellos comunicaban entre sí á consecuencia de una especie de iniciación que tenía sus signos, su lengua y sus usos secretos. La caja social, llena por manos desconocidas, estaba abierta para todos los fie-

les. Éstos partían entre sí los papeles en el ceremonial de las convulsiones: los *discernientes* eran los profetas, los que veían; tenían encargo de anunciar los decretos de la Providencia, en estilo del Apocalipsis: los figuristas representaban, en pantomima, las escenas de la pasión de Jesucristo y del martirio de los santos: los *socorristas* administraban á los convulsionarios, propiamente dichos, los *grandes* y los pequeños socorros: los grandes socorros ó socorros mortíferos, consistían en sacudir fuertemente al paciente, pisotearle y martirizarle de mil modos; los pequeños en recibirles en su caída, en protegerles de los choques demasiado fuertes, y en vigilar la modestia de sus vestidos. En cuanto á los convulsionarios, eran los *saltadores* y *saltadoras*, los *ladradores* y las *maulladoras*, los *extáticos* y los *iluminados*. El ieterismo, el magnetismo, el mal caduco, la imitación, la bribonería, tales eran las causas y el origen de las convulsiones.

Ellas se propagaron como una epidemia; duraron cuatro años toleradas en cierto modo por la policía, que les permitía mostrarse en medio del día en el cementerio de San Medardo; no cesaron, pero mudaron de carácter, cuando el arzobispo Vintimille prohibió el culto del diácono Paris, cuando se cerró el cementerio en virtud de decreto de 7 de enero de 1791, cuando los convulsionarios de profesión fueron presos. Entonces, lo que se llamaba el culto del bienaventurado Paris, se refugió en las cuevas y en los desvanes del barrio de San Medardo; entonces las pruebas de los adeptos se hicieron terribles, atroces, sanguinarias, repugnantes. Se remedaron sin faltar ápice los últimos episodios de la pasión, se presentaron pacientes á porfía para ejecutar estas convulsiones y para experimentar los padecimientos de

Cristo: se les enclavaba en las cruces, se les clavaban lanzas en los costados, se les ponían coronas de espinas, y se les azotaba hasta derramar sangre. Todo esto no era para ellos más que goces y delicias que se manifestaban con espasmos, suspiros y delirios. Las mujeres, sobre todo, se entregaban con delicias á estos tormentos. Unas veces se les daban cien palos en el cráneo, en el vientre ó en los riñones; ellas pedían que se les diesen más palos, gritando *nanan*; otras veces se hacían colgar por los pies y la cabeza hacia abajo; otras veces se les torcían los pechos con tenazas ó se les apretaban entre dos tablas. Todos estos horrores se practicaban á vista de un cenáculo entregado á la oración y meditación.

El señor Carré de Montgerón, que había quedado muy edificado por las convulsiones y por los milagros que se referían, compuso un grueso tomo en cuarto, lleno de estampas, con el título de: *La verdad de los milagros obrados por la intercesión del bienaventurado Paris*. Refería en este libro los hechos menos deshonestos de que había sido cómplice y testigo, agregando á su narración los certificados de los facultativos y otros documentos justificativos. Envanecido con haber revelado al mundo tantas lindas cosas, dedicó el tomo al rey, al duque de Orleans, al primer presidente y á muchos. Á la noche siguiente le prendieron, le encerraron en la Bastilla, y después lo desterraron á Aviñón y otras partes. No por eso dejó de continuar recogiendo y compilando los hechos y gestos de los convulsionarios. En 1741 publicó un segundo tomo, y en 1748 otro tercero. La muerte no le dejó tiempo para que diese á luz el cuarto, pero no dejó, mientras vivió, en su celo fanático, de alentar á los *maulladores* y *saltadoras* que él instigaba y que

tapaba con sus propias manos. El reino de las convulsiones no ha hecho más que añadir la palabra *buquer* (sacudir con un leño) al lenguaje popular. ¿No debía Carré de Montgerón resucitar más adelante bajo las faeciones del marqués de Sade?

Entretanto el cementerio de San Medardo estaba cerrado, y la tumba del diácono no hacía ya milagros que justificasen la famosa inscripción que se puso en la puerta el día que se cerró.

Por orden del rey se prohíbe á Dios hacer milagros en este lugar.

A pesar de las órdenes del rey y del parlamento, continuaban las reuniones misteriosas de los convulsionarios, sin que produjesen efecto tampoco las continuas pesquisas de la policía dirigida por Herault, inflexible y formidable agente de los jesuitas. La persecución mantenía este fuego encubierto en lugar de extinguirle. En vano se hacían registros en las casas y enviaban por todas partes espías y vigilantes; en vano se pagaban las denuncias, se inquietaba á las familias, se maltrataba y prendía á los sospechosos, todos los días se sabía que había sido crucificada una devota con mucha satisfacción; que los *grandes* y los *pequeños socorros* habían obrado maravillas en un corazón endurecido; que el diácono Paris había curado á un desahuciado, había enderezado á un paralítico, vuelto el oído á un sordo y la vista á un ciego. Grande era la edificación de los jansenistas, grande también la indignación de los jesuitas.

Los jansenistas y los convulsionarios tenían un periódico oficial intitulado *Noticias eclesiásticas*, que salía á luz todas las semanas. Servía de auxiliar y de

trompeta á los *apelantes* de la bula *Unigenitus*; daba asilo á las quejas y á las esperanzas de los perseguidos. Dios sabe cuántos medios se emplearon para suprimir, detener ó paralizar este periódico anónimo que redactaban los jefes del jansenismo y del convulsionarismo. Con bastante frecuencia se apoderó el gobierno de las prensas y de los caracteres, de la edición entera del número, pero en el mismo día se reimprimía el número en otra parte, en una sacristia, en el fondo de un convento, á bordo de un barco en medio del río, en un desván del palacio, ó del Louvre, ó del Temple, y hasta en la casa del comisario de policía que se había apoderado de él. Después se enviaba el periódico según costumbre, á los suscritores y afiliados. El lugarteniente de policía redoblaba su vigilancia y severidad; se procuraba descubrir el escondrijo en que se había refugiado el Proteo que se escurría; muy pronto se sabía por buen conducto, que el periódico se imprimía en tal calle y en tal número. Cercaban la casa y la calle, los espías y agentes disfrazados guardaban todas las salidas, el comisario penetraba en la casa, la registraba desde los sótanos á las boardillas, y no se encontraba nada que se pareciese á las *Noticias eclesiásticas*. Se retiraba confuso y desorientado; mas en el momento en que salía del umbral de la puerta, le echaban sobre la cabeza un paquete de números, húmedos todavía de la prensa, y él no podía adivinar de dónde salía aquel diluvio de gacetas jansenistas que parecía que el diablo había hecho volar desde el infierno.

Durante este tiempo, el rey, así como el diácono Paris, había hecho milagros por su parte, la reina estaba en cinta, y la Francia, en la ansiedad, esperaba el parto.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

No. 1625 MONTERREY, MEXICO

Por esta vez, los votos de la Francia fueron oídos; la reina dió á luz dos princesas.

Semejante fecundidad daba esperanzas para en adelante; sin embargo, Luis XV resolvió hacer entrar á Dios en sus intereses. El 8 de diciembre de 1728 comulgaron ambos en público con tal intención, y nueve meses después dió la reina á luz el primer delfin.

Esto causó un delirio no solamente en Francia, sino en toda la Europa, cuya paz aseguraba este fausto alumbramiento; se tributaron gracias á Dios públicamente, porque había mostrado de un modo tan patente su intervención en las cosas humanas: el rey asistió al *Te Deum* que se cantó en la catedral, y después cenó en el ayuntamiento con los príncipes de su sangre y principales magnates de la corte; se acuñó una moneda en que estaban representados el rey y la reina, y en el reverso la tierra sentada sobre un globo, teniendo al delfin en sus brazos con esta leyenda: *VOTA ORBIS*, los votos del universo.

Á principios del embarazo de la reina, murió en San Petersburgo Catalina, emperatriz de Rusia; y á Newton le llevaban á enterrar en Westminster.

Seis pares del reino llevaban las orillas del paño mortuorio.

CAPÍTULO IV.

Vuelta del duque de Richelieu. — Muerte de Mad. de Nesle, del mariscal de Uxelles, del duque de Villeroy y de Adriana Lecouvreur. — Pormenores sobre la muerte de esta última. — Revolución de la Córcega. — Nacimiento del duque de Anjou. — Las Noticias eclesiásticas. — Arresto y exposición de tres redactores. — Victor-Amadeo abdica en favor de su hijo. — Historia de Mad. de Verrue. — Victor-Amadeo conspira para volver al trono. — Es arrestado y conducido al castillo de Rivoli. — El rey de Prusia hace arrestar á su hijo. — El duque de Orleans se separa de los negocios. — El rey se hace jardinero.

El principio del año de 1729 se señaló con un grande acontecimiento de que Paris tenia gran necesidad para salir del letargo en que se hallaba.

El duque de Richelieu volvió de su embajada en Viena.

Había ya tres meses que el rey, en recompensa de los importantes servicios que le había prestado cerca del emperador, le había autorizado á usar el cordón de la orden de Santi Spiritus.

El primero de enero fué recibido en el capitulo, y el rey le dió la placa.

Los únicos acontecimientos importantes, si se exceptúa el que acabamos de citar, se redujeron á nacimientos y defunciones.

Mad. la condesa de Nesle muere, y su hija, Mad. la